

# CUATRO SONETOS DE AMOR Y UN ESTRAMBOTE

Santiago Aizarna



I

En tus pechos acuna este deshecho,  
esta hechura de un hombre sin figura,  
ésta es mi oscura imagen de amargura,  
este infeliz contrahombre contrahecho.

Me excitan tus olores escondidos.  
Al correrte, feliz, en tus orgasmos,  
me despiertas vivaces entusiasmos,  
me vibras de placer con tus quejidos.

Mi amor sin tus brazos, amada mía,  
se entristece, se angustia y al fin, llora.  
Hundido en mis despojos parecía

cuando viniste tú, mi salvadora.  
¡Perdido en mis infiernos me veía  
y en el cielo, contigo, estoy ahora!...

II

De lado a lado, mi amor, lado a lado,  
envueltos en el viento y en quimeras,  
siento las experiencias placenteras  
de un labio que te sueña haber besado.

Los días de todo este año han pasado,  
rajándonos la piel en sementeras,  
como piedra que estalla en las canteras,  
siento mi corazón por ti estallado.

Estalla corazón, memora ardiente  
ese dulce recordar que, en la mente,  
cava sus sentires día a día.

Estalla, y siente, y salta de repente,  
y no temas que muera, indigente,  
este amor de pasiones y agonía.

III

Recuerdo tu fragancia y tu aroma,  
en noches que mis manos te palpaban,  
tenuemente ascendían y alcanzaban  
el tesoro escondido en tu redoma.

Recuerdo que jugaban en tu loma,  
entre rizos de seda que anhelaban  
las caricias que nunca terminaban...  
¡Oh, zureo sensual de la paloma!...

Recuerdo las fronteras venusinas  
que esas manos audaces traspasaban,  
y manantiales de aguas diamantinas,  
de entre tus suaves muslos afloraban.  
Recuerdo... ¡sí amor, cómo recuerdo  
cuando la fruta del pasado muerdo!...

IV

Diente con diente, amor, esta almohada  
que tantos insomnios contemplar pudo  
sabe que un nudo, mi amor, un gran nudo,  
me hacía con tu imagen y con la nada.

Diente con diente, amor, y te soñaba  
desnudo tu cuerpo, ¡total desnudo!  
mordía diente con diente, sañudo,  
al pensar que otra mano te apretaba.

Diente con diente, mi amor, te declaro  
y lo dice mi encía ensangrentada,  
te mordía rabioso. Y te aclaro,  
que, diente con diente, te asesinaba.  
Diente con diente, ¡tu carne en mi boca  
y nunca pude saciar mi ansia loca!...

Se me perdonará que este *estrambote* vaya en prosa aun en contra de todas las reglas de la Poética. Es licencia que me auto-concedo. Por lo demás, sigue el tema del Amor, que se efunde y difunde desde esos cuatro sonetos que anteceden. El acometimiento del tema se verifica a través de sugerencias petrarquistas, en primer lugar, que luego, en su trasvase español, vía Boscán, que importa el *itálico modo*, pueden enlazarse con el garcilasismo. Una vez aposentado en el predio poético, el soneto se ramifica, adopta variantes. Ya no es, solamente, el clásico conjunto de dos cuartetos y dos tercetos que, como es inevitable recordar,

Violante le manda hacer a Chacón, en el acto III de «*La Niña de plata*», de Lope de Vega:

*Un soneto me manda hacer Violante,  
en mi vida me he visto en tal aprieto...*

Y en este punto, y ya que de sonetos estamos hablando, se me ocurre citar a un sonetofílico notable e ilustre, el erudito Francisco Rodríguez Marín, que allá por el año 1941, y en el taller de «*Cándido Bermejo, Impresor*» editó un libro que ya puede calificarse entre los *raros*. En este libro, «*Sonetos sonetiles*»,

Rodríguez Marín incluye una investigación interesantísima sobre las versiones internacionales del célebre soneto, unas veces de la mano de Menéndez y Pelayo y otras confiando en sus propias fuerzas. Y nos viene a hablar de tratamientos tales como el de Regnier Desmarais y Enrique Meilhac, en Francia; los de Edwards y Lord Holland, en Inglaterra; de Francisco Manuel de Melo, en Portugal, etc, etc. Es preciso cortar la referencia porque la tentación, para el sonetista, de transcribirla entera, se hace imperiosa. Ciñéndonos a nuestro terreno propio y a las formas adoptadas, digamos, simplemente, que en estos cuatro sonetos que ofrezco, adopto algunas variantes. En el primero de ellos (*En tus pechos acuna este deshecho...*), y sujeto al modelo hispánico, los dos cuartetos no van encadenados, sino por libre. En el segundo (*De lado a lado, mi amor, lado a lado...*), en el lugar reservado a los tercetos, la eufonía se trenza en un doble enlazado de rimas (9C, 10C, 12C, 13C) y un fundido de finales (11D, 14D) en esos dos grupos de endecasílabos. En cuanto, a los dos restantes, la forma escogida es una variante del llamado *soneto inglés*, es decir, dos cuartetos, un serventesio y un pareado (9C, 10D, 11C, 12D, 13E, 14E).

Paso ahora a hablar, un poco, del tema recurrente en estos cuatro sonetos. El Amor, como es sabido, ha tenido una larga historia en el devenir de la literatura, en general. Si se lograra raer de las páginas de los libros todos aquellos temas, todas las frases, todas las referencias amorosas que en ellas se incluyen, aumentaría el espacio libre de las bibliotecas en un noventa por cien o más, calculo. En el Amor, considerado desde todos los muchísimos ángulos que presenta, reside la base específica y más densa de casi todas las entregas literarias. En este punto, y para desembocar en un terreno de lo más propicio aunque no el primero, sería casi obligado recaer nuestra atención en aquellas galanas Cortes de Amor en donde la poesía trovadoresca encontró tan fácil acomodo, bien sea por medio de justas poéticas o por su constante presencia en el regazo de las clases más poderosas a pesar de su constante deambuleo errante y bohemio. De cualquier forma y a través de todas las edades sin distinción, lo cierto es que la presencia del Amor se hace constante en la Literatura. Por azar, simplemente, detengamos mínimamente nuestra atención en Stendhal, encadenando de esta forma, la Edad Media con la época napoleónica, aunque de igual manera hubiéramos podido alargar la distancia y pararnos bien en Flaubert y su *Bovary*, en Tolstói y su *Karenina*, etc, etc, y sin necesidad alguna de parar en hitos emblemáticos como Ovidio, Casanova, etc, etc nuevamente. Volviendo a Stendhal, por ejemplo, habría que puntualizar que le consagró un libro entero, amén de todos los demás suyos en donde el análisis pormenorizado de este sentimiento humano crea y recrea situaciones y conflictos. La lectura de «*De l'amour*» nos sume, inevitablemente, en una serie variada de consideraciones, y recordemos que a Ortega le empujó una sutilizada crítica que resultó mas bien negativa a la personalidad amorosa del autor de «*La Cartuja de Parma*», en un breve texto ensayístico en donde tampoco deja de aprovechar la ocasión para explicitar su pensamiento y opinión sobre «*la donjuanía*». Ortega desconfía radicalmente de los logros amatorios de Stendhal e incluye en este modelo a un denominador común de los hombres. «*Stendhal no consiguió ser amado verdaderamente por ninguna mujer. No*



*debe sorprender esto demasiado. La mayor parte de los hombres sufre igual destino*»- escribe. Contrapone a este gran fracasado el gran virtuoso del amor, que resulta ser Chateaubriand, a pesar de que no fuera hermoso, sino más bien «*pequeño y cargado de espaldas. Siempre malhumorado, displicente, distante. Su adhesión a la mujer amante dura ocho días*». Sean acertadas o no las disquisiciones stendhalianas (algunas sí y otras no, evidentemente), y que recogen el devanado ovillo que se fue formando a lo largo de las experimentaciones, sentimientos y reflexiones del autor, ponerse en contacto con él por medio de su lectura es acción conveniente, como lo es, en igual medida, enterarse de las reflexiones orteguianas provocadas por su lectura, ya que desde ambas posturas lo único que hacemos, con mayor o menor fortuna, es incidir en las sabrosas circunvoluciones y meandros del amor, permanente *leit motiv* de la literatura de todos los tiempos.

Abrase cualquiera de los miles de libros que figuran en los plúteos de nuestras bibliotecas y en un gran porcentaje, en ellos nos encontraremos indefectiblemente con el Amor. Con el Amor se escriben las endechas más nostálgicas y apesadumbradas, los trenos más desesperados, las epopeyas más sublimes, los epitalamios más aternurados, hasta los ditirambos y los epinicios más heroicos... Al Amor recurre la Mística en su búsqueda de las dimensiones metafísicas en donde todo es arrobó, todo éxtasis, todo delirio, todo levitación. El Amor es un púrpura violento, una marca cardenalicia en el gris empozoñamiento de los días uniformes y grises, pálidos fantasmas de nuestras acidas internas. Y arribado al punto sublime de estas figuraciones y exaltaciones literarias ha de procurarse, sin duda, el testimonio de las negativas institucionales ortodoxas a las por ellas llamadas «*desviaciones amorosas*», de las cuales, las más graves resultan ser las de nulo trasvase, las del autoerotismo, las del amor reflectivo, aquéllas en donde el quietismo amoroso tiene un único movimiento centrípeto por el que, podrían decir sus denostadores, el alacrán dirige contra sí mismo su mortífera cola. Y ello, porque el egocentrismo que este tipo de Amor preconiza no deja de ser, en definitiva, el Gran Pecado contra el Espíritu de las Multitudes, de las Salvaciones Multitudinarias, contra el Espíritu Colectivo que se quiere que impere en el Gran Valle de Josafat con una Universal Manifestación clamorosa que acepta, ensalza y canta el Concierto Unitario del Orden Supremo de la Creación, la Solidaridad de las Gentes todas en un único afán y en una única voz al entonar el Hosanna.

De la presencia ubicua del Amor en la Literatura no es necesario ir en busca de nombres y de citas. Tampoco si este afán de búsqueda o de simple curiosidad lo enfocamos hacia la Poesía únicamente (no olvidemos, en este punto, la definición sugerente y certera de Balzac: *C'est la poésie des senses*), o, si se quiere más concretamente, al Soneto. Y, de esta forma, este *estrambote* cumple con su función de justificar el envío de estos cuatro sonetos a una revista como ésta de Oarso que se sirve de un trance de fiesta para su publicación anual, justificación a la que se le podría añadir la coletilla de que en cualquier tipo de publicación bien pueden sobrenadar unas pocas gotas de poesía amorosa, y que no perturbarán en exceso la dinámica apresurada de las fiestas que a la par de su salida se desarrollan.